

IV CONCURSO
DE RELATO CORTO
Y FOTOGRAFÍA
el coloquio de los perros



**IV CONCURSO
EL COLOQUIO DE LOS PERROS
DE RELATO CORTO Y FOTOGRAFÍA**

Portada: José Manuel Márquez «mane», sobre imagen ganadora del cartamen.

Tema del concurso: Humor social: ¡me río por no llorar!

Edita: Asociación Cultural «El coloquio de los perros»

Colaboran: Excmo. Ayuntamiento de Montilla

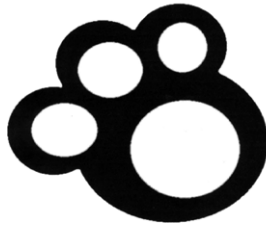
D.L.: CO-623-2003

Imprime: Imprenta San Francisco Solano
C/ Zarzuela Baja, 40
14550 Montilla (Córdoba)
Tlfo. y Fax: 957 65 64 68
imprentasolano@terra.es

IV Concurso

**«El coloquio de
los perros»**

**de Relato corto
y Fotografía**



ÍNDICE

PRÓLOGO. Luis Miguel Bueno..... 9

RELATOS GANADORES

PRIMER PREMIO. Miguel Andrés Castaño
Un día como profesor..... 11

MENCIÓN ESPECIAL. José Luis Muñoz
Fumadores clandestinos..... 23

MENCIÓN ESPECIAL. Ignacio Pérez
Una visita a los molinos..... 35

FOTOS GANADORAS

PRIMER PREMIO. Miguel Solimán López.....21

MENCIÓN ESPECIAL. David Prieto.....33

MENCIÓN ESPECIAL. Inmaculada Soriano...41

PRÓLOGO

Todos aspiramos a la felicidad.

Y sin embargo.

Sin embargo, la felicidad es incierta, escurridiza, efímera, quimérica a veces. Desde el Eclesiastés, el hombre sabe que «por azar llegamos a la existencia y luego seremos como si nunca hubiéramos sido». Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Y luego están el valle de lágrimas, la tragedia, el dolor, la muerte. Jorge Manrique y sus ríos que van a dar a la mar, que es el morir; Hamlet y sus devastadores soliloquios; Segismundo y su ay mísero de mí. Están las penurias, el sufrimiento, la desgracia, el inexorable rigor del tiempo, la aniquiladora pertinacia de la incertidumbre.

Y sin embargo.

Sin embargo, el hombre sabe, también desde el Eclesiastés, que hay que coronarse de rosas antes de que se marchiten y dejar «por doquier constancia de nuestro regocijo». Que también están las alegrías, la comedia, el placer, la vida. Aristófanes y su Lisístrata; Muñoz Seca y sus hilarantes astracanas; Groucho Marx y su elocuencia disparatada. Que el humor no sólo es necesario para vivir, sino para vivir feliz, e incluso, fíjense, para sobrevivir.

Este año 2006, la Asociación Cultural «El Coloquio de los Perros» convocó un concurso de relato corto que versara sobre la resignación, sobre la paciencia, sobre el humor que todos necesitamos para deshacernos de la acritud, ese lastre ignominioso. «Me río por no llorar», o lo que es lo mismo, «le pongo al mal tiempo buena cara» y me arranco por soleares, nada por aquí nada por allá, ni pa ti ni pa mí, me vengo arriba, y como quien no quiere la cosa hago de mi capa un sayo y amanezco más temprano porque a quien buen árbol se arrima ciento volando...

En definitiva, no somos nadie, y yo menos. Por eso me enorgullece tanto presentarles este libro, que recoge los relatos merecedores de los encomios del jurado, y que fueron seleccionados por su pertinencia y su agudeza.

Disfrútenlos, y aspiren a la felicidad, con humor.

Luis Miguel Bueno Padilla

Diplomático, miembro del jurado
y ganador del I Concurso de Relato Corto
«El coloquio de los perros».

PRIMER PREMIO

UN DÍA COMO PROFESOR

MIGUEL ANDRÉS CASTAÑO

PEÑARROYA-PUEBLONUEVO (CÓRDOBA)

UN DÍA COMO PROFESOR

Todos los días me levanto con muchas ganas de llegar al trabajo. Pienso que lograr que mis alumnos sean personas mejores y más formadas es algo hermoso. Yo sigo con mi vocación, aunque tomo conciencia de que predico en el desierto cuando muchos de ellos hablan acerca de su futuro. Utilizan frases como las siguientes: «quiero ser gambero, como mi padre» (sea lo que sea un gambero, que aún no lo sé); «lo mejor es ser albañil, porque ganan diez mil euros al mes» (aún no sé de dónde han sacado esa información y si yo estoy haciendo el canelo dando clases); «yo me tiraré a una famosa y saldré en todos los programas del cotilleo para ganar una pasta» (lo peor es que esto me lo dice un chaval que se cae de la silla por los dos lados a la vez, debido a un sobrepeso a base de grasas manufacturadas; quizás su arma secreta para conquistarla es que huele peor que la cama de un oso)...

Desayuno temiendo que aparezca alguna noticia de violencia escolar porque si mis alumnos la ven, acabarán por mimetizarse con el culpable – aprendiendo nuevas tácticas con las que acosarse entre ellos, pegarse entre ellos, humillarse entre ellos ...o, lo que es peor: acosarme a mí, pegarme a mí, humillarme a mí...

Mi viaje hasta el instituto es un perverso y continuo frena-primera-frena-recibe un insulto del cochede delante-primera-frena en el atasco de la mañana. Para más inri, tengo que dejar el coche a casi un cuarto de hora del instituto por la falta de aparcamiento que ulcera mi ciudad. A veces lo agradezco porque a los niños les evito la tentación de que utilicen sus puertas como pizarra y las llaves de

su casa (la casa en la que maquinan maldades) como tizas apócrifas. La mejor parte de mi vida es que, si alguien me lo roba, no tendré problema para recuperarlo. Uno de los chiquillos que ha decidido que, cuando sea mayor, va a pasar droga, como su padre (este oficio sí lo conozco), se lleva bien conmigo y lo encontraría en un periquete.

– Si le mangan un día el coche, «profe», me lo dice a mí, masculla. Mi «viejo» se lo encuentra rápido y se lo lleva a casa en un momento.

Es un placer que una criaturita como esta te quiera y te llame de usted.

El pobre es un inocentón que, para un día que participó en la clase, nos descubrió uno de los negocios de su familia.

– ¿Sabéis cuándo se recogen los melocotones?, pregunté para romper el ritmo de mi clase de geografía.

Me sorprendió ver una mano alzada y lo conminé a participar

– Por la noche, «profe».

– ¿Por la noche?, dije como un eco tintado de interrogantes.

– Mi tito y yo vamos a recoger los «malacatones» por la noche. Saltamos la valla, subimos al árbol, meneamos la rama y los metemos en la camioneta.

La familia del angelito no tiene desperdicio. Demasiado bueno es él para el ambiente que le rodea.

Cuando llego a mi primera hora, tengo que codearme con los niños más pequeños, los de primero de la ESO. Me paso la mitad de la hora con los ojos desamorados, tratando de evitar que se maten. No logro siquiera que se sienten en su sitio, porque en alguna etapa de su formación olvidaron enseñarles que se está más cómodo sentado que de pie. Tampoco

he conseguido que contengan sus necesidades en la vejiga más de diez minutos.

- ¿Puedo ir al servicio a mear?, dice uno cualquiera, ignorando la expresión *turno de palabra* y vocablos como miccionar u orinar.

- Pero... si acabamos de entrar, le espeto indignado.

- Es que me meo, es que me meo, gimotea.

Así que me veo en la obligación de evitar un desastre con hechuras de catástrofe fontanera y le permito escaparse un minuto (que se convierte en cinco por arte de prestidigitación). Antes les decía que me explicaran qué harían si tuvieran que estar dos horas sin ir al baño. Su respuesta huyó del campo teórico y se presentó ante mí durante una excursión. Cada cinco minutos protestaban porque el conductor no paraba (de haberlo hecho, creo que habría dejado abandonado en medio del campo a más de uno).

Otro tema que me hace confiar en ellos y en su futuro son sus exámenes. Al corregirlos, leo respuestas como las siguientes:

«El Nilo es el río más largo de Andalucía».

«La capital de Francia es Barcelona»:

«Los cinco continentes son España, Murcia, Francia y Japón».

«Tres ciudades con mar de España son Madrid, Osasuna y Balencia».

Al dueño de tan privilegiada cabeza le tuve que aprobar porque acertó una de tres en la última pregunta y supo que el Nilo era un río (mientras los demás hicieron una bola de papel con el folio del examen y se la tiraron a un compañero). Los puntos que le faltaban hasta el aprobado los logró porque tiene buen comportamiento en clase y además copió cinco veces la palabra «Valencia» bien escrita en su cuaderno.

Cuando les digo durante las explicaciones si hay alguna pregunta, no suelen levantar la mano (sospecho que ni siquiera me escuchan). Cuando las alzan con interés, es para descubrir aspectos de las asignaturas poco relacionados con la cultura general:

- «Profe», ¿eres virgen?
- «Profe», ¿por qué no puedo comerme el bocadillo en clase?
- «Profe», ¿a quién crees que van a echar del Gran Hermano?

Mi primer día cometí el error de caer en su trampa y responder a algunas de ellas, aunque me arrepentí inmediatamente.

- «Profe», ¿de dónde eres?
- De Salamanca, respondí.
- ¿Eso está en Albacete?
- No, en Castilla y León, repliqué con voz litúrgica y tono condescendiente.

- Casi acierto, como las dos están al lado de Barcelona..., añadió el pequeño mequetrefe con la prepotencia propia del empollón de la clase.

El problema es que resultó ser el más brillante de los alumnos de ese grupo (el del Nilo y «Balencia»).

Más tarde me voy con un grupo de tercero de ESO, que seguramente celebre los diez años de abandono del instituto en el ala sur de la prisión más cercana. La única posibilidad de que no coincidan allí es que les dispersen por distintos puntos de nuestra geografía, debido al riesgo que entrañan todos juntos.

Un día uno de ellos clavó una navaja en la mesa y me preguntó:

- ¿Puedo dejarla aquí?
- Pensé que era mejor no enfadarle y respondí:
- Mientras no la uses contra nadie, sí.

Mi único objetivo con ellos durante el curso es que ni me maten a mí ni se descuarticen entre ellos. También intenté que escribieran bien sus nombres, pero se negaron.

– García lleva tilde, le dije a Jonathan García.

– Porque usted lo diga. Mi padre lo escribe «asín» y asín» tiene que ser.

Ante tamaña argumentación, no pude encontrar un razonamiento mejor para demostrar mi tesis.

Un día en el que debían estar alineados todos los planetas, logré que trabajaran la educación en valores. Nos centramos en el respeto y la igualdad entre hombres y mujeres. Les propuse que hicieran un mural que les motivara a respetar más a sus profesoras (a las que siguen considerando meros objetos).

Entre varios, hicieron un cartel que ponía: «devemos respetar a la profesora/o». No quise corregirles, por si perdían interés en el mensaje. Desde entonces, esa cartulina preside el aula. Muchos camaradas me han preguntado con sorna qué es un profesoro.

Hablando de los docentes, lo mejor de todo es el compañerismo que se respira entre el profesorado. Algunos de mis colegas han decidido desbancar al director y a su camarilla para lograr tener las reducciones horarias que atesora el cargo y que les permitiría permanecer menos tiempo en el aula.

– ¿Tú con quién estás, con la directiva o con los profesores?, soltó un día uno de los «salvadores de la plebe docente frente a la amenaza de la aristocracia de la directiva».

– Yo es que vengo aquí a dar clase, a que los alumnos aprendan.

Me miró como si le hubiera contado que yo venía de Ganímedes y que mi único objetivo en la Tierra

era comerme un bocadillo de chorizo cubierto de mermelada.

Cada vez que tengo que tragarme una de estas charlas sufro porque me quitan tiempo para escuchar las sempiternas discusiones que tenemos acerca de los nuevos planes de educación. Los políticos que llegan nuevos al gobierno se deciden a cambiarnos cada cuatro años las normas del juego. Sé que son discusiones banales pero me fastidia no participar en ellas. Me encanta escuchar que el gran problema de la educación es tener o no tener clase de religión. Siempre confío en que quien tenga que decidir si perpetuarla o declarar su extinción acierte (ya que así se acabarán problemas como el fracaso escolar, el analfabetismo funcional del alumnado, la total ausencia de cultura en los adolescentes, el acoso escolar...).

Pero los mejores días llegan tras la época de evaluaciones:

– ¿Por qué me has suspendido, «profe»? me suelta uno de los chavales asaltándome por los pasillos.

– Porque en los tres exámenes que me has hecho no has tenido más de un dos en ninguno.

– Pero... podías haber tenido en cuenta el comportamiento, sus palabras rezuman súplica.

– Es que te pasas el día hablando y ya te he tenido que separar dos días de Gutiérrez para que no le pegaras.

– ¿Y la libreta no ayuda?

Recuerdo que su cuaderno es un enjambre de hojas semidescacharradas, sin pastas, llenas de tachones, cartografiadas por dibujos obscenos y acabo por concluir que su escala de valores es distinta de la mía y que no me va a entender aunque se lo explique.

– Mira, me lo pensaré, me despido.

Pero lo mejor de todo, lo más divertido, son los padres que vienen a ver cómo les va a sus hijos. Su único propósito es que los profesores seamos como encargados de un aparcamiento. Ellos meten el coche y lo sacan sin abolladuras ni golpes. Por supuesto, su gran preocupación es que no expulsemos a su criaturita.

- ¿Por qué me lo van a expulsar?

- Porque habla con los demás y no deja al profesor dar su clase.

- Son ellos los que le hablan a él. Lo que le pasa es que es muy sociable.

- Y le pegó un puñetazo en la barriga a un compañero.

- Eso no es así. Permita que se lo explique, fue el otro en que le dio un barrigazo en el puño.

- Además, no muestra interés y ha suspendido todo.

- Eso no me importa, lo que quiero es que no me lo expulse usted.

Eso sí, a veces se derrumban y dice:

- No lo entiendo, no sé por qué se porta así. Mira que le he regalado una moto porque me prometió que iba a ser bueno y a no meterse en líos.

- Pues castíguele ahora usted sin moto, les propongo sin comprender cómo han podido premiar a sus descendientes por no hacer nada durante años y ofrendar un cambio imposible.

- Ay, pobrecito, con la ilusión que le hace ir por ahí con la moto nueva. Ya veré si encuentro algún otro castigo - y se secan las lágrimas. Hagan ustedes el favor de no expulsarlo.

Cuando vuelvo a casa intento desconectar de todos los temas que me han ido arrollando por la mañana y me acuesto. A veces tengo algunas pesadillas en las que soy viejo y me reencuentro con mis alumnos.

Mi abogado defensor es Peláez, que no es capaz de redactar cuatro palabras sin cometer alguna tropelía sintáctica u ortográfica. La médico que me tiene que operar es Lucía Santamaría, que no distingue el lápiz del bolígrafo cuando les exijo que los exámenes se hagan con tinta azul. El arquitecto que me construye mi chalet en la playa es Garrido, que no es capaz de dibujar un triángulo sin hacerle un cuarto lado.

La mañana siguiente me vuelvo a levantar y pensar: me encanta ser profesor y lograr que mis alumnos se conviertan en personas de provecho.

Primer premio de fotografía
Título: Patera

Miguel Solimán López Cortez
Córdoba



*Como muñecos viajan por el mar y como muñecos
son engullidos por el mismo. Así es de risa... en
realidad...es para llorar.*

08-02-06 Córdoba

**MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO
EN RELATO CORTO**

FUMADORES CLANDESTINOS

JOSÉ LUIS MUÑOZ

SAN CUGAT DEL VALLÉS (BARCELONA)

FUMADORES CLANDESTINOS

Llevas dos noches sin dormir. Hace calor, es cierto, pero esa no es la razón de tu insomnio. Vagas por la calle y tus ojos, enrojecidos y coléricos, tropiezan con el titular espectacular de un periódico. Siempre lo mismo. «Traficantes de tabaco detenidos y condenados a cadena perpetua». Más abajo, en letras más menudas. «Grupo de fumadores de cigarrillos desarticulado. Los delincuentes, en grupos de ocho, se reunían en un ático del Ensanche barcelonés en donde consumían grandes cantidades de tabaco». Déme el diario, dices angustiado, arrancándoselo al quiosquero. Te mesas el pelo, el poco que te queda, y bajas por la Rambla con el diario abierto, leyendo ya la página dos. «Una vecina de sensible pituitaria fue la que alertó a la policía de que en el ático de la calle Valencia se estaba celebrando una fumada clandestina». Se te hace la boca agua imaginando aquella habitación cerrada, los fumadores echados sobre colchones, el ambiente espeso de humo y las docenas de colillas humeantes colmando los ceniceros. Entrás en un bar, pides una cerveza bien fría y miras a tu alrededor. Nada. Olfateas. Nada, solo huele a café, a cañas desbordadas. – ¿Limpia?, ¿limpia? El limpiabotas es joven, un negrito delgado con pantalón corto, que habla español con acento de Camerún y al que le brilla el rostro tanto como el betún que aplica sobre los zapatos. – ¿Limpia, señor? Le das un zapato y el muchacho se pone a lustrarlo, exprime un tubo de betún encima, le pasa el trapo, luego el cepillo, canturrea mientras sus manos se mueven a derecha e izquierda levitando por encima de la piel italiana grisácea que, a cada nueva pasada brilla más. Y entonces le oyes bajito, casi inaudible:

– ¿Quiere tabaco, *sir*? Rubio americano, recién desembarcado en la playa de la Barceloneta, esta noche, fresco y a buen precio. Palideces, te entra más sed y acabas de beberte la cerveza mientras miras a derecha e izquierda y compruebas que, aparentemente, nadie lo ha oído. – ¿Cuánto? Preguntas entre dientes, amortiguando el ruido de tus palabras con el que produces al pasar con violencia la hoja del diario. – Dos mil, te contesta, y tú casi te atragantas. Otra noticia en el diario, esta vez en el interior, en un pueblecito de la montaña. «Salvaje linchamiento. Un anciano, empedernido fumador que desoyó las recientes y drásticas prohibiciones del ministerio antitabaco, fue quemado por sus vecinos encolerizados que encontraron en los sótanos grandes cantidades de cigarros puros importados ilegalmente de Cuba. La policía ha amonestado a los vecinos del villorrio y la jueza Valentina Osuna instruye diligencias. Existiendo leyes al respecto para preservar la salud de la población, nadie debe tomarse la justicia por su mano, dijo la jueza en su despacho». – ¿Qué *sir*? ¿Le vale? Los dos zapatos relucen, el vaso de cerveza está vacío y tú señalas con un golpe de ojo el urinario para efectuar la transacción. El negrito chasquea los dedos y te pide un billete, y tú se lo alargas, bajas del taburete y te adelantas. Entrás en el urinario y compruebas que no hay nadie, simulas que te lavas las manos, te miras la cara, te pasas la mano por el pelo mientras dejas el diario doblado en cuatro sobre la loza del lavabo, y esperas, esperas y te cabreas, tras dejar pasar cuatro minutos, cuando te das cuenta de que el negrito te ha tomado el pelo y se ha ido con tu billete de mil pesetas. Pero tenías que arriesgarte. Sales a la Rambla, resoplando bajas por el paseo central. Pasa por delante de una agencia

de viajes que anuncia vuelos a Cuba. Cuba, el Paraíso, se anuncia, con doble sentido que solo los que son como tú captan. Ya a precios prohibitivos. Lo intentaste, claro que lo intentaste, pero no salió bien, te negaron el visado de salida, no coló lo de tu viaje de negocios. ¿Qué negocios, carajo? Y además estaba en pasaporte el estigma ese imborrable de fumador, como una ficha policial, que te iba a perseguir siempre, estuvieras donde estuvieras. Cuba era una isla cercada, Cuba resistía pese a todo, pese al bloqueo; toda una isla de plantíos de hoja de tabaco, de habanos que negros canosos enrollan en plena calle con parsimonia mientras perfuman el gznate con ron de caña, de humo flotando; una gozada de país en donde se puede fumar en los cines, en los restaurantes, en las playas, en los espectáculos, en los transportes públicos, hasta en los hospitales, en cuyas salas de espera hay carteles que dicen «Pero fumen, no se priven», y la gente camina por la calle aspirando ese aroma soberbio de los Montecristo. ¿Hasta cuándo? El paraíso terminará algún día u otro; las Naciones Unidas tenían a Cuba en su punto de mira y había planes como el de bahía de Cochinos para deshacer ese imperio de vicio y corrupción, como solía denominarlo la prensa estatal. Llegar a Cuba era imposible, de locos. Maribel lo había intentado, un vuelo charter hasta Miami y desde allí, desde alguno de los cayos, jugándose el físico, contratar los servicios de una planeadora que te llevaba hasta la isla si la mar estaba buena. Maribel había pedido asilo político en Cuba y te enviaba cartas aromatizadas con sus espiraciones de cigarrillo en las que, en clave, te explicaba cómo fumaba puros Montecristo en las playas, en las piscinas, sin que nadie afeara su conducta, cómo un día se lo montó con tres mulatones

que fumaban y la hacían fumar antes y después, y de tanto fumar horadaron la sábana y los de recepción, a modo de chiste, le subieron un sifón a la habitación para apagar «toda clase de incendios», decía la tarjeta adjunta. Aún tienes dinero, y te dices que no puedes aguantarlo más. Bajas la Rambla, con las gafas de sol montadas sobre la nariz, para que nadie te reconozca. No has ido hoy al trabajo, has conseguido un parte de baja del psiquiatra, un miembro clandestino de PFI (Partido de los fumadores irredentos) que organiza peligrosos saltos en la Plaza de Catalunya cada domingo, desafiando la ira de los viandantes y de los cuerpos antidisturbios que actúan contra ellos con una contundencia terrible, los machacan de tal manera que les hacen escupir las hebras de los cigarrillos sin filtro que se han tragado. Encienden sus pitillos los concentrados, apenas un centenar de visionarios, y aspiran el humo como cristianos haciendo procesión de fe en la Roma de Nerón. Muchos acaban en la cárcel, otros son golpeados por las turbas furiosas, pero algunos escapan, y el psiquiatra es de los que tienen las piernas largas y el corazón joven. Tienes que venir, Gonzalo, te dice, te has de comprometer con nosotros. Hay que luchar por nuestra legalización. Pero no te convence. Las Ramblas arden en desórdenes, hoy incluso con ese calor húmedo que planea y reblandece el cerebro. Unos policías están maniatando tras pegarle unos cuantos porrazos en el trasero a un ciego que vendía cajetillas de tabaco camufladas en el interior de cintas porno. Hay mucha vigilancia, mochos policías de uniforme, y más sin uniformar, hasta el punto de que cada ciudadano se ha convertido en policía voluntario dispuesto a denunciar a cualquier infractor de la ley y el paseo más bonito del mundo se

ha convertido en lugar de tránsito de perdigueros aviesos que olfatean el aire. Te sientes acosado, centro de miradas, algo deben ver en tu cara, algo deben presentir en ese temblor de mano que agita el diario que arrugas con vehemencia. Y te metes por las callejuelas del Chino. Te han dicho que están en un par de esquinas, que son las más pintadas, y las localizas cuando moscardean a su alrededor otros clientes, que ignoras si serán clientes o policías de paisano. Te detienes junto a una de ellas, la miras a la cara y esperas excitado a que te proponga algo. Lo oyes. Una chupadita cinco mil. Completo diez. Estás excitado. Le dices que completo y la coges del brazo tras palmearle las nalgas bajo la falda ajustada que se ciñe como un guante sobre un voluminoso trasero de matrona de cincuenta años. Vas tras ella, asustado, mirando de reojo a izquierda y derecha, y luego, girando el cuello, hacia atrás, como cuando ibas a la Universidad, estabas en una célula comunista y veías polis por todas partes exactamente igual, solo que ahora tienes cuarenta tacos y todo esto que has de hacer te parece un poco indigno y fuera de lugar. – Tranquilo, mi niño, te dice la cincuentona arreglándose el cabello pajizo en las puntas, negro en las raíces, – los de por aquí están untados, pero eso cuesta, claro. Y tú tragas saliva mientras subes tras ella, entras en la habitación y oyes como la llave bloquea la puerta. – ¿Cuántas chupadas quieres?, te pregunta. Y tú, que ardes por dentro como una pavesa, te palpas la cartera y pasas revista in mente a los billetes que llevas en él , y preguntas cuánto la chupada, a lo que ella, sentándose en el borde de la cama, responde que cinco, y tú, claro, asientes, te derrumbas sobre un sillón y esperas ansioso, con la boca reseca, mientras

ella se alza, abre la puerta del balcón de par en par y se saca del escote un paquete de cigarrillos americanos. Americanos de verdad, genuinos, de los de la música esa de Glenn Miller cuando los anunciaban por la tele, y se enciende uno, y te lo pasa con estudiada parsimonia que tú transformas, con tu gesto de arrebatarse el cigarro, en vertiginoso. Chupas, chupas, te tragas tanto el humo que toses, te maldices, y sigues fumando con perentoriedad, porque tienes miedo que alguien, a mitad del cigarrillo, irrumpa en la habitación con una orden judicial y te quiebre ese placer prohibido. Otro, reclamas, con furia, chasqueando los dedos, y la buscona de cincuenta años exhibe la palma de su mano, regordeta, almohadillada, que no retira de tu visa hasta que depositas dos de los grandes. El segundo cigarrillo te sabe mejor, te lo enciendes tú mismo, te acomodas en el sillón y lo fumas a tu aire, sin prisas, pasándote el humo por la garganta, bajándolo hasta los pulmones, dándole un paseíto por ellos, ascendiendo hasta la traquea, conduciéndolo hasta la nariz, reteniéndolo un rato ahí, junto a la punta, hasta expulsarlo definitivamente. Y pides otro, el último, y ella se ríe por lo vicioso que eres. Te gustaría guardarlo para casa, para el lavabo de tu hogar, recordando viejos tiempos, cuando estudiabas en el seminario y todos os encerrabais a cal y canto en los retretes a fumar, pero tienes miedo de tu mujer, que es de la Liga de la Represión del Tabaco, y tiene un olfato sensible, y seguro te descubriría por mucha ventana abierta que dejaras, por mucho ambientador que desparramaras. Y te lo fumas también, pero apagándolo varias veces para que te cunda más, apurándolo hasta el mismísimo filtro, y luego te pasas una toallita perfumada que te da la buscona, que forma

parte del servicio, con la que te limpias los dedos, las cara, el cabello, y allí mismo, en el lavabo, te cepillas a conciencia los dientes, te enjuagas el paladar con *Licor del Polo*, hasta que desaparece de tu aliento el más mínimo vestigio del delito. Mañana vuelvo, le dices pellizcando en el culo a la meretriz, bajando al galope las escaleras, como un galgo, con nueva vitalidad dentro, y regresas a casa en un taxi, dispuesto a inventar cualquier coartada, a denunciar, si es preciso, al psiquiatra del Partido si con ello vas a alejar de ti la sospecha de que eres un fumador. Y llamas a la puerta, y pasas la primera prueba de fuego con Fuskin, el terrier entrenado especialmente en detección de tabaco, un traidorzuelo que tu mujer ha colocado bajo tu mismo techo, y luego Alma, que se acerca a ti y te besa, maldición, aspirando el aroma de tus cabellos, hundiendo su lengua en tu paladar mientras barbotea. – Amorcito mío, que me tenías preocupada. ¿Dónde estabas? – Con Fonseca, preparando la obra de teatro, contestas con rapidez, mientras avanzas en su compañía y aspiras, a tu vez, su cabello sedoso y compruebas, nervioso, que huele a tabaco, a cigarrillo turco dirías, como huele a cigarrillo la salita de estar, incluso imaginas dónde estaba encendido ese cigarrillo, cuánto tiempo hace que se apagó, y la miras a ella, fijamente a los ojos, conmovido por su complicidad, la besas, la abrazas, y ella, – ¿Te has dado cuenta, cariño? – ¿De qué? Y aspiras el aroma prendido en sus cabellos. Le besas los dedos de la mano, saboreas sus yemas, y aprecias el regustillo amargo de la nicotina, incluso aprecias su coloración amarillenta, y ello te conmueve, hace que la abrasces con mucha fuerza en medio de la salita, que la vuelvas a besar y le digas. – Ya no hará falta que nos escondamos, amor, podemos hacerlo juntos,

yo sé cómo conseguirlo y lo haremos aquí, tú y yo. Y cuando callas, que es tarde, porque has largado más de lo que querías, debido a que estas exultante de la felicidad, ella te empuja, se separa de ti, te mira con desprecio y se retira hacia la puerta del fondo que se abre de golpe para dar paso a dos forzudos con bigote, con toda la pinta de ser agentes de la Brigada Antitabaco, que se abalanzan sobre ti, te inmovilizan en el suelo, finalmente te arrastran con las manos esposadas a la espalda, mientras dan las gracias a Alma. Muy inteligente señorita Alma, su marido ha caído de cuatro patas. Mi ex marido, rectifica ella, No quiero tener trato con viciosos. Lloras en el furgón, sabes lo que harán contigo: te darán cigarrillos disueltos con leche para desayunar, sopa de cigarrillos para comer, colillas estofadas para cenar, y así cada día, hasta que digas basta, hasta que no lo resistas más y pidas a gritos un caramelo de menta. Entonces te dejarán, pero ya no valdrás nada.

Mención especial del jurado en fotografía
Título: Perra vida

David Prieto Gómez
Córdoba



El consuelo que queda es que otros están peor que nosotros.

26-02-06. Barriada de las Moreras, Córdoba

**MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO
EN RELATO CORTO**

UNA VISITA A LOS MOLINOS

IGNACIO PÉREZ

SANTANDER

UNA VISITA A LOS MOLINOS

– Y este es el molino donde el famoso hidalgo D. Quijote dejó la huella de su lanza tras arremeter con furia en su lucha con los gigantes. Fíjense bien, mis queridos amigos, en la mella que tiene la tripa de este grueso molino, allá arriba, entre las aspas y el ventanillo más apartado. ¿Lo ven? Nadie ha querido reparar el desconchón y así se mantiene desde entonces.

La turba de turistas se agita. Hay un rumor sordo, de arroyo, que gana la pendiente, y ya se oye una voz más que otra. El sol, como un dios implacable, derrama su calor sobre la planicie manchega, hierve en el cemento de los caminos levantando una cortina de fuego que sube hasta la garganta de los extranjeros intentando ahogarlos.

– No se junten tanto, *plis, plis*. Rodeen el *building*. *Mersí bocú*.

Hay un galgo hecho de cáñamo que rompe la línea del horizonte, pero nadie del grupo es capaz de decir si existe realmente, parece una sombra de ceniza, un reflejo fantasmal separándose del polvo.

– Don Quijote ser muy alto, se escucha al fin la voz femenina, musical, casi cristalina.

– Muy alto, señora. La lanza debía medir cuatro metros, además con su largo brazo el Caballero de la Triste Figura podía alcanzar casi dos veces la longitud de este molino.

– Ohhhh..., murmullo de satisfacción, que se trenza en el aire y levanta el vuelo de unos cuervos que descansan en la punta del tejado.

– *Yes, mesiés*. Lo que yo les diga. ¿Cómo creen que se grilló de esa manera? Leía por los codos libros y libros muy caballerosos, y todos los apoyaba en sus

enormes brazos, que eran como rastrillos. Hasta diez en cada extremidad sostenía, ¡imagínense!

– Coño, a ver si el gigante era él y no los molinos.

El guía, Mosvardo, tira una mirada al grupo buscando el autor del comentario. Solo rostros abotargados, rojos como el Valdepeñas, cruzadas las frentes por pañuelos sudorosos, por viseras que no cubren la coronilla.

– Tenemos un infiltrado, piensa.

Ahora es él el que siente el sol como lluvia ácida que le acuchillara el cuerpo. Pasa su lengua por el vértice de la boca, aún le resta saliva, levanta el brazo como para quebrar el calor.

– *Sires y madames*, síganme entre estos gloriosos templos. Contemplan el paisaje único de la Mancha. Desde este cerro se puede ver Despeñaperros, que es una montaña con precipicios enormes por donde anduvo nuestro hidalgo con su caballo Rocinante y con el mulo de Sancho Panza.

– ¿Y no caer?

– No caer. Rocinante ser caballo mágico, llevar siempre al Quijote por los aires. Ya saben, *darlins*, que en él se sostuvo para ganar la última batalla después de muerto.

– ¡Ahhh...!

Abajo, Mota del Cuervo respira entre cereales y aceite. Hoy hay una neblina que desgasta los campos, que trepa entre las silenciosas y recogidas casas. Crepitan los cables de la electricidad, estremecidos.

– No saber... Quijote ser un héroe nacional, *very good*, señala un rollizo del extremo, con bermudas y cara barroca, pómulos del color del fresón.

– ¡El azote de los moros!, volvió a elevarse la voz chuscona, de tonalidades andaluzas. -- ¡Y eso que lo desterraron! Tenía arte, el gachó.

Mosvardo, que es un retaco, tampoco esta vez vislumbra al culpable. Ha sacado su pañuelo, la petaca, y refresca el gáznate. Algo le pica de la planta de los pies hasta el estómago. Mira a las alturas. El cielo está tejiendo una gasa débil de nubes, tan deshilachada y frágil que parece humo de tabaco.

- ¿Ser *wine*? ¿Vi...no?, inquiera otro guiri, la cámara digital entre las manos, haciendo un ruido de grillos.

El guía bebe. Se siente mejor.

- Efectivamente, *garsón*. *Guain, guain*. ¡Como aquel que don Quijote reventó con su espada Tizona creyendo que era la sangre de sus enemigos! De los encantadores y ogros malvados. Pero... ¿habrán leído ustedes sus hazañas, *pipol*? ¿Saben de qué les hablo, verdad? ¿No estaré perdiendo el tiempo con ustedes? Pues al primero que mató fue a uno oso, allá por Asturias, que es una región de arriba de España.

- ¡Toma ya!, brotó de nuevo el gracejo andaluz entre la masa extranjera. Bueno, se libró Sancho esa vez, ozú. Como también era peludo y de barbas...

- ¿Dónde estar enterrado Quijote? Mi querer saber...

Mosvardo esparce su sonrisa. Está colocado bajo la sombra de un molino, aún siente el alcohol fresco y tibio a la vez en su garganta. Si hasta se ha levantado una brisa enclenque que curioseas entre las aspas.

- ¡Dónde va a ser!, contesta desafiante. - Allá, en el famoso Valle de los Caídos, que es el lugar de enterramiento de los héroes españoles, los que echaron a los franceses...

- ¡*Mon Dieu! Mes camarades...*, se lamenta una damisela, más fina y astillada que el galgo que pasó antes.

El guía rumia un taco, porque el grupo se está abriendo. Quizá es el infiltrado que viene por él. Trata de protegerse con la pared del molino.

– ¡Y qué sabios son los que dieron nombre a estos gigantes que solo el caballero andante veía!, chilló para distraer al racimo de excursionistas. En homenaje a ustedes, los europeos. ¿*Mais friends!* Este de aquí se apellida «Francia» y aquel de acullá «Alemania», y ese otro... ese otro...

El grupo se ha abierto definitivamente como las aguas del mar de Moisés. Se asoman ya las mangas verdes, los tricornios como cucarachas gigantes, más grandes aún que los brazos del hidalgo, que las siluetas enormes que dominan el farallón.

Corre Mosvardo talud abajo, resopla igual que una oveja acosada, lamentando no haber sacado antes el sombrero para recoger la voluntad, cae al fin tropezando en la tierra blanca, descarnada, donde ya el sol ha plantado su llama áspera y de yeso.

Se da por vencido. Es igual, reflexiona, más perdió Cervantes en Cuba, que se volvió tuerto.

Mención especial del jurado en fotografía
Título: ¿Un lunch...?

Inmaculada Soriano Márquez
Montilla (Córdoba)



Diferentes formas de comentar una mañana de duro trabajo.

16-04-06 Córdoba

montilla 2006



edita:
Asociación cultural "El coloquio de los perros"



colabora:
Excmo. Ayuntamiento de Montilla